Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"

IX – Jaque al rey de Roma

1 – Sharaf El-Dîn no ha cambiado

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 8
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

IX. 1 – Sharaf El-Dîn no ha cambiado

El último episodio del volumen VIII, "La joven cautiva", concluía con una laguna en el manuscrito. En esta nueva entrega, el primer relato empieza con Baïbars, partiendo a liberar a la princesa macedonia Marina y a su compañera, la cautiva Amina, que languidecen en Macedonia. Ignoramos por qué razón a Baïbars en este viaje le acompaña su sobrino *Edaghmûsh, cuyas destrezas parecen haber mejorado algo. Los dos se han vestido de beduínos; apariencia que, de paso, le permite al sultán supervisar el comportamiento de sus gobernadores de provincias. Oculto de esa guisa, la situación que descubre en Gaza, su primera etapa, dista mucho de ser edificante –aunque sólo se han conservado las últimas hojas de este episodio–: el gobernador de la ciudad, *Hassân El-Kuraydi, se ha conchabado con el recaudador de impuestos para estafar a un pobre campesino, un poco naif, el Hâch Hasan: éste, por supuesto, quiere a toda costa vengarse de sus estafadores. Resultado: el recaudador de impuestos, ahorcado, y el gobernador, encarcelado…"

El relato, incompleto, comienza mostrándonos al rey El-Zâher Baïbars, camuflado bajo su disfraz de beduino, para vigilar al Hâch Hasan, por si acaso a éste se le mete en la cabeza hacer que ejecuten al ya depuesto gobernador; cosa que le pondría al sultán en un compromiso, pues se habría visto obligado a intervenir, ya que el difunto rey El-Sâleh, antes de morir, le había recomendado, entre otras cosas, que evitara derramar la sangre de los kurdos *ayyubíes. Sin embargo, cuando Baïbars vio que Hasan sólo quería que encarcelaran al exgobernador, sus temores se desvanecieron; así que montó en su caballo, y con Edaghmûsh, abandonó Gaza, tomando la ruta de Damasco. El comportamiento de Hassân El-Kuraydi había sorprendido muy desagradablemente al sultán, y cuando estaban llegando a su destino, le dijo a su sobrino:

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

– Si Hassân ha llegado a esos extremos, ¡qué no habrá hecho *Sharaf El-Dîn, el primo del rey El-Sâleh Ayyûb! Por desgracia, ¡qué verdad es eso de que "la rosa, cuando muere, sólo deja espinas tras de sí"!

Los dos hombres se fueron al palacio Ablaq[1]. Era costumbre que, cuando llegaba Baïbars al palacio se le saludara con una salva de cañón[2], para así advertir a los notables y al gobernador de la ciudad, que venían a saludar al sultán y a presentarle sus respetos. Asimismo, aquellos habitantes de la ciudad y de los pueblos de alrededor, que hubieran sido víctimas de alguna injusticia, iban a pedirle audiencia para exponerle sus quejas. Sin embargo, en esta ocasión, El-Zâher, que deseaba seguir de incógnito, ordenó a Ibrahim de Yannín[3], el portero del palacio Ablaq, de que no diera la señal acostumbrada.

A la mañana siguiente, tras cumplir con sus obligaciones religiosas de la oración del alba, y tomar un frugal desayuno, Baïbars volvió a vestirse de beduino y partió a la ventura por las calles de Damasco, en busca de alguna injusticia que reparar. El destino quiso guiarle hasta el Mercado de los Caballos[4], en donde se detuvo para vigilar cómo se llevaban a cabo las compras y ventas. Entonces fue cuando vio a un kurdo montado sobre una yegua que no tenía igual en el mundo: pelaje negro como la noche, picazo en las patas, y con una estrella en la frente, grande como una moneda de cien céntimos. En fin; una yegua que valía su peso en oro.

Ahora bien, los insondables designios de la Providencia habían querido que, ese día, Sharaf El-Dîn Issa El-Nâsir también había acudido al mercado de incógnito: se encontraba no lejos de allí, en la tienda de un veterinario. Fue ver al animal y enamorarse perdidamente de él, decidiendo en el acto que tenía que ser suyo, pues jamás había visto en Damasco un animal más hermoso. Así que llamó al tratante del zoco y, revelándole su identidad, le dijo:

– Si ese kurdo te confía su yegua para venderla, subástala al precio más bajo que puedas, y no permitas que nadie más puje por ella. Tiene que ser mía.

Pero… ese tejemaneje no se le había escapado al sultán, que se hallaba muy cerca. Alejándose un poco, comenzó a examinar la yegua.

– ¡Por mis barbas! –se dijo el sultán para sus adentros– ¡Juraría que ésta es la yegua de *Dibl; "la Devoradora".

---

[1] El palacio Ablaq, que existió realmente, es el que se hizo construir Baïbars en Damasco (ver: vol. VIII: *La revancha de Shîha, Maestro de Argucias*).

[2] Señalemos, de una vez por todas, que las alusiones a las armas de fuego, al café, a los relojes, etc., que aparecen con frecuencia a lo largo de todo el relato, evidentemente son anacrónicos.

[3] Este personaje, brevemente mencionado al principio del "Baïbars", formaba parte de la banda de los cinco truhanes damascenos con los que Baïbars había hecho amistad en su juventud (*Las infancias de Baïbars*).

[4] Por aquel entonces, ese mercado se hallaba a los pies de la Ciudadela de Damasco.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

En efecto, la montura de Dibl El-Baysâni era el orgullo de su dueño, y célebre porque era tan rápida en las carreras que parecía devorar el espacio; el que la montara creía ser transportado sobre la esfera celeste.

Mientras tanto, el kurdo echó pie a tierra y llamó al tratante de las subastas:

– ¡Ven, *yânem*, coger tú esta yegua y poner a subastar, si haber algún comprador, yo vender[1]!

El tratante cogió al animal por la brida y pregonó la fórmula ritual en estos casos:

– ¿Hay algún hombre de bien que quiera abrir las pujas, después de haber orado por el Profeta?

Ante esas palabras, el rey se levantó, y acercándose al tratante, le preguntó:

– ¿A quién pertenece esta yegua?

– Será del que ofrezca más… pero no es digna de ti, noble emir, no tiene mucha alzada: y a vosotros, hijos del desierto, lo que de verdad os gusta son los auténticos pura sangre, los tratantees de buena raza.

En ese momento, un mercader abrió la puja ofreciendo cincuenta monedas de oro. El tratante se volvió hacia Sharaf El-Dîn:

– A cincuenta –le avisó el tratante.

– ¡Cincuentaiuna! –respondió Sharaf El-Dîn.

Entonces, todos los chalanes del zoco quisieron tomar parte en las pujas, pero el tratante les señaló discretamente que la yegua la quería Sharaf El-Dîn, que se encontraba camuflado en la tienda del veterinario; como es lógico, después de ese aviso, nadie más se atrevió a pujar.

– ¡Cincuentaiuna! –repitió por última vez el tratante.

– ¡Eh, eh, más despacio, muchacho! –le interrumpió El-Zâher Baïbars– ¿Quién ha ofrecido cincuentaiuna?

– Escucha, ya te había dicho que esta yegua no era para ti.

– ¡Eso es asunto mío! ¡Yo subo a sesenta monedas de oro!

– ¡Cuidado en donde te metes, noble sheij!: ¡estás pujando contra Sharaf El-Dîn, el pachá de Damasco!

– Dime, muchacho: y aunque se tratara del mismísimo El-Zâher, ¿en qué cambiaría eso la puja? ¿No estamos en el zoco del sultán, en donde las subastas son libres? ¿Sí o no?

– Por lo visto, hoy tienes ganas de que te cuelguen –suspiró el tratante–. Vale, de acuerdo, quédate aquí.

[1] En el "Baïbars" los turcos y los kurdos hablan una especie de jerga, compuesta por un árabe corrupto, mezclado con expresiones del turco; en general, la traducción se esfuerza, en la medida de lo posible, en reproducir la gran variedad lingüística del texto, en el que cada grupo de personajes se caracteriza por una forma particular de expresarse.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

El tratante volvió adonde Sharaf El-Dîn y le anunció que las pujas habían subido a sesenta.

– ¡Sesentaiuna! –ofertó el virrey.

– ¡Setentaiuna! –replicó inmediatamente Baïbars.

– ¡Pedazo de fanfarrón! –exclamó el tratante– ¡Apuesto a que son las últimas monedas que te quedan!

– Ah, si es por eso, no te inquietes, tengo la bolsa llena de oro.

En fin, que cada vez que el gobernador subía una moneda más de oro, el pretendido beduino aumentaba en diez la puja, de tal manera que rápidamente se llegó a cien monedas de oro.

– Pero ¿qué está pasando? –le preguntó Sharaf El-Dîn al tratante– ¿Es que te has olvidado de advertir a la gente del zoco que soy yo el que quiere ese caballo?

– ¡Claro que les he avisado! De hecho, todos han abandonado la subasta.

– Bueno, entonces ¿qué es lo que hace subir la puja?

– Pues una especie de beduino; con toda la pinta de un bandido de caravanas, porque el oro le quema en los dedos. Por lo visto, no parece que se haya esforzado mucho en conseguirlo…

– Dile con quién se las va a tener que ver, y si continúa pujando, adviértele.

El tratante regresó adonde Baïbars.

– Noble sheij, el gobernador de la ciudad ha subido a ciento una monedas de oro: déjalo ya –le dijo el tratante.

– ¡Lo subo a mil! –replicó Baïbars.

Luego, dirigiéndose al kurdo:

– ¿Tú estás de acuerdo en venderme este caballo por mil monedas de oro, salvo si tiene algun defecto oculto? ¿y que yo me haga cargo de la comisión del tratante?

– ¡*Eyh ballah* y mucho bien hacer a ti!

– ¡Pobre cretino! –exclamó el tratante– ¡Y mira que yo te había prevenido, y tú sin querer escucharme! Está bien, ahora ven conmigo, Sharaf El-Dîn quiere hablar contigo.

– Vamos allá –respondió el pretendido beduino, levantándose con toda tranquilidad.

– Vaya, muchacho, ¡no eres de los que pierda el pulso! –afirmó el tratante.

Cogiéndole del brazo, le condujo adonde el gobernador.

– Aquí tienes a nuestro hombre, *efendem*[1] –le anunció el tratante.

– ¿Eres tú el que ha pujado por mil monedas de oro? –le preguntó Sharaf El-Dîn fulminándole con la mirada.

– Desde luego que he sido yo.

[1] En turco "mi señor".

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

– Qué raro, qué raro… ¿y de dónde eres tú?

– De por ahí, por la montaña.

– Claro, eso es: ¡tú eres uno de esos bandidos de las grandes rutas! Por eso no es raro que dilapides, porque el oro, lo consigues sin esfuerzo alguno, ¡robando a las criaturas de Dios!

– Pues sí; no te equivocas, buen hombre. Es verdad que los hijos del desierto sienten cierta inclinación por robar a la gente de las caravanas... exactamente igual que vosotros, los gobernadores, robáis a los habitantes de las ciudades.

– ¡Pedazo de perro! ¡Sucio y piojoso beduino! ¿Cómo te atreves a hablarme en ese tono? –estalló Sharaf El-Dîn empuñando su pica de armas.

Pero no le dio tiempo ni a golpear, porque el sultán, lanzando un terrible grito, lo paralizó en el sitio; luego, se arrancó el velo que le cubría la cara, dejando ver las pequeñas marcas de viruela y la cicatriz de la herida que en tiempos le había infligido Kafir hijo de Mattâ[1]. Al reconocer las señales, Sharaf El-Dîn se quedó con el brazo en alto, como paralizado. El rey le cogió la pica y comenzó a darle una buena tunda en las costillas.

– ¡Ah, canalla! –le decía– ¿Es que no eres temeroso de Dios? ¿Acaso crees que te vas a escapar del castigo que ha reservado a quienes oprimen a Sus criaturas?

Medio muerto, el virrey fue bien amarrado, ante los asombrados ojos del tratante.

– ¡Coge contigo al kurdo y a su caballo y sígueme! –le ordenó acto seguido, para dirigirse al palacio del gobierno, llevando delante de él a Sharaf El-Dîn.

Mientras tanto, ya se había extendido el rumor de que el sultán había llegado a la ciudad; los notables fueron corriendo a saludarle y a presentarle sus respetos, pero Baïbars siguió su camino hasta la Sala del Consejo, en donde tomó asiento en el trono y comenzó a echarle una bronca al gobernador:

– A ver, ¿se puede saber de qué va toda esta tiranía? ¿Es que aún no has renunciado a enriquecerte con fraude a costa de los demás? ¡Por el honor de nuestro señor Yahya el Casto[2], que de no habérselo prometido a mi señor, el difunto rey El-Sâleh, ahora mismo te habría mandado matar! ¿Es que no sabes lo que dicta el buen gobierno de las naciones?: "Si ejerces un cargo, ejércelo con justicia; pues algún día tendrás que rendir cuentas de ello".

– Después de toda esa reprimenda, ordenó que lo encarcelaran; luego, se volvió hacia el tratante:

---

[1] Ver *Paladín de Doncellas*.

[2] Se trata de Juan Bautista; su supuesta tumba, enclavada en la gran mezquita de Damasco, es objeto de una particular veneración en la ciudad.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

– Tú merecerías una buena paliza –le dijo– pero, a fin de cuentas, no eres el más culpable; pues, si el imán de la mezquita no conserva su pureza, ¿qué no harán los demás fieles de menor rango?

Dicho esto, le permitió que se marchara tras entregarle veinte monedas de oro como gratificación.

– Y tú, el de la yegua –continuó el rey dirigiéndose al kurdo–, ¿cómo te llamas?

– El Hâch Hassûn –respondió el kurdo.

– Y esta yegua, ¿de dónde la has sacado?

– Es la que me ha nacido de mi yegua de cría y mi semental.

– ¡Mientes, Dios te maldiga! Esta yegua es "La Devoradora", la montura del capitán Dibl, el señor de Ghawr y de Baysân. Estoy casi seguro de has sido tú el que la has robado, pero no quiero cometer ninguna injusticia contigo, y no te condenaré sin pruebas irrefutables, y después de haber examinado bien tu caso.

Entonces, Baïbars llamó al jefe de los caballerizos de Sharaf El-Dîn, el que se encargaba de los establos, y le ordenó que pusiera al kurdo bajo arresto y guardara la yegua en sus cuadras hasta nueva orden. A la mañana siguiente, el rey tomó asiento en su Consejo, rodeado de los notables de Damasco. Estaba ya a punto de redactar una carta para Dibl, cuando el caballerizo irrumpió en la sala, con su turbante al cuello, y arrojándose a sus pies.

– ¡Piedad, oh, Comendador de los creyentes! –le imploró al sultán.

– Pero bueno ¿se puede saber lo que te pasa? –le replicó extrañado el rey.

– Efendem, esta mañana fui a ver qué tal estaba la yegua, pero ¡había desaparecido, y la puerta de las cuadras estaba abierta! Además, el kurdo había sido asesinado y decapitado, y me encontré este mensaje clavado en el pecho del cadáver.

El rey cogió el papel y leyó estas palabras:

"¡Yo le he cortado la cabeza para que le sirva de reposa-pies!: ¡eso le enseñará a no volver a decir que la yegua era hija de su semental y de su jaca! ¡Ahí queda eso!"

El estilo incongruente del mensaje no dejaba de resultarle un tanto divertido al rey, a pesar de lo que le extrañaba todo este asunto. Ordenó enterrar al kurdo, y luego mandó a buscar a su sobrino Yusuf Edaghmûsh, que se hallaba en el palacio Ablaq, confiándole el gobierno de la ciudad durante su ausencia, no sin haberle aconsejado que tratara a sus súbditos con justicia y equidad; luego, vistiéndose de nuevo de beduíno, montó en su caballo y tomó la ruta de Baysân, decidido a aclarar este caso y saber quién había echado el guante a la yegua.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Próximo relato de "Jaque al rey de Roma":

IX.2 – Un loco desenfrenado

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6